

Ivan Illich, que derrumbó al espantapájaros

“El adversario más agudo del mito de la escolarización” (Monsiváis), “uno de los pensadores más radicales” (*The Times*), “el más grande crítico social del siglo XX”, “el gran faro”, “uno de los espíritus más subversivos del siglo” (André Gorz), “un profeta olvidado”, son algunas de las frases que se han dicho sobre Ivan Illich, fallecido el pasado 2 de diciembre. Sus libros (editados principalmente en los años setenta) son difícilmente encontrables en las librerías españolas. Tampoco es de extrañar si tenemos presente que las últimas innovaciones del sistema educativo español son las repeticiones de curso, los exámenes de recuperación y la reválida. Pero nos quedan Internet (donde muchos de sus artículos y libros están en acceso libre) y las bibliotecas públicas. Precisamente del pensamiento de Illich sobre las bibliotecas tratan las siguientes páginas.



Al nacer, un 4 de septiembre de 1926 en Viena, Ivan Illich fue deshauciado por los doctores: no sobreviviría. Pero lo hizo. Antes de cumplir los tres meses inició un viaje, que sería una de sus constantes vitales, hacia la costa de Dalmacia, la tierra de parte de sus ancestros, para ser bendecido por su abuelo. Casi sesenta años después, en una conferencia en Tokyo (1), rememoraría algunos aspectos de este viaje: “En el mismo barco en el que llegué a la isla, en 1926, se transportó el primer altavoz. Pocos habían oído hablar de tal cosa. Hasta ese día todos los hombres y mujeres habían hablado en un volumen de voz más o menos igual. De ahí en adelante todo cambiaría; el acceso al micrófono determinaría cuales voces serían amplificadas”.

Hijo de padre croata católico y madre judía sefardí convertida al protestantismo, tuvo una infancia itinerante, pasando parte del año con un abuelo en Dalmacia, otra parte con su otro abuelo en Viena y el resto viajando con sus padres (más tarde, al preguntársele sobre su lengua natal, solía contestar: “Sinceramente no lo sé. En la casa solíamos hablar cuatro idiomas”). Ya de adulto, trabajaría en diez lenguas). Entre 1936 y 1941 reside principalmente con su abuelo en Viena. Marcado como medio-ario, consiguiente, gracias a su padre, protección diplomática, al igual que su abuelo judío. Pero en 1941 tiene que salir furtivamente de Austria, territorio ya anexo por Alemania, y llega a Italia donde, en Florencia y Roma, pasa algunos años.

Muerto el padre, comienza a trabajar para mantener a su madre y hermanos. Cursa las licenciaturas de Química y Física. Si los doctores que atendieron su nacimiento lo habían deshauciado, los doctores académicos emitieron un diagnóstico similar: ante la descalificación constante por parte de Illich de muchos de sus maestros, se gana la fama de “raro” y le predicen pocas esperanzas para sobrevivir en la

vida académica. Segundo diagnóstico erróneo de los doctores en la vida de Illich. Estudia apasionadamente la carrera de Filosofía (mención *summa cum laudem*), Teología (*cum laudem*) en la Universidad Gregoriana de Roma y el doctorado en Historia (*magna cum laudem*) en la Universidad de Salzburgo. A inicios de la década de los cincuenta Illich ingresa en la Iglesia Católica, destinado, dado su talento, a la carrera diplomática en el Vaticano. Illich, años después, contará (2) por qué decidió irse a Estados Unidos: “Quería alejarme de Roma. No quería integrarme a la burocracia papal y pensé hacer una tesis postdoctoral, algo que las universidades alemanas llaman Habilitación, sobre alquimia, acerca del trabajo de Alberto el Grande. Sobre este tema hay documentos muy importantes en la Universidad de Princeton y fui invitado a ella. Pero luego, durante mi primer día en Nueva York, literalmente en mi primera tarde, con unos amigos de mi abuelo, oí acerca de los puertorriqueños y su arribo. Pasé los siguientes dos días en El Barrio sobre la calle 112 y la quinta avenida, la 112 y Park Avenue, debajo de los mataderos de la Central de Nueva York, en donde los puertorriqueños tenían su mercado. Inmediatamente, fui a la oficina del Cardenal Spellman y le pedí un sitio en la parroquia de Puerto Rico. ¡Y fue así como me quedé en Nueva York!”.

A cargo de un centro en donde se atendía a inmigrantes puertorriqueños, tuvo que enfrentarse fuertemente a los migrantes italianos, irlandeses y judíos que, como cien años antes en *Gangs of New York* de Scorsese, rechazaban a los nuevos inmigrantes.

En 1956 es enviado a Puerto Rico, como vicerrector de una universidad católica, con la tarea de enseñar a religiosos canadienses y estadounidenses a hablar castellano y acercarse a la cultura hispana para poder hacer entenderse en sus países de origen. Disputas con un obispo conservador opuesto a las políti-

cas de control de la natalidad auspiciada por el Estado, lo alejaron de la isla. Pero esos pocos años fueron esenciales por su contacto y conversación con el estadounidense Everett Reimer (3): “Debo a Everett Reimer el interés que tengo por la educación pública. Hasta el día de 1958 en que nos conocimos en Puerto Rico, jamás había yo puesto en duda el valor de hacer obligatoria la escuela para todos. Conjuntamente, hemos llegado a percatarnos de que para la mayoría de los seres humanos, el derecho a aprender se ve restringido por la obligación de asistir a la escuela”(4).

De regreso a Nueva York, funda en la Universidad Fordham, mientras trabaja como investigador y profesor del Departamento de Sociología, el Centro de Formación Intercultural (CFI). El objetivo es “capacitar a los misioneros norteamericanos, no sólo para hablar español, sino para entender y respetar las culturas de los países latinoamericanos, no desde la perspectiva de una cultura dominante que piadosamente les lleva la salvación, sino propiciando un diálogo intercultural entre semejantes”(5). Pasa varios meses recorriendo América Latina a pie.

Centro Intercultural de Documentación

Tras este viaje hace un trato con la Universidad Fordham que patrocina la fundación de un nuevo centro de entrenamiento en Cuernavaca (México), que llevará por nombre Centro Intercultural de Documentación (CIDOC). En 1961 se traslada a Cuernavaca. En sus conversaciones con David Cayley, Illich comentará cuales eran sus objetivos: “De las cosas que hice en Puerto Rico había una que deseaba continuar. La cruzada contra el desarrollo (6). En parte ése era el objetivo del CIDOC; en parte, era atenuar el mal causado por los cuerpos de paz. (...) Hice un lugar con el propósito institucional de proveer en aquel momento el más intensivo, el mejor entrenamiento para hablar español que estaba al alcance, a cualquier precio, en una atmósfera de reflexión dada durante el curso de cuatro meses, la gente tendría que reflexionar sobre la realidad cultural del país al que iba a ir. (...) En fin, en principio en el CIDOC se trataba de atenuar los efectos negativos que provocaba el envío de voluntarios, a la vez que quería evidenciar la locura ilusoria que significaba el programa de voluntarios; al volverlos reflexivos sobre la realidad de América Latina, esperé que escribieran sus reportes hacia Estados Unidos, proveyendo un entendimiento mayor a sus superiores, de la situación en América Latina”.

En 1964 comienza a dar sus primeros pasos el CIDOC, y se inaugura en 1966.

En aquellos años confluyen en Cuernavaca una serie de personas que van a marcar la época: el prior benedictino Lemerrier que pregona el psicoanálisis para él y sus compañeros de monasterio y que será expulsado de la Iglesia, el pensador Erich Fromm, el por algunos llamado “obispo rojo” Méndez Arceo, impulsor de la teología de la liberación... El CIDOC, un lugar especializado en el análisis crítico de la sociedad industrial, va a atraer enseguida a pensadores de todo el mundo.

El 10 de junio de 1968, el delegado apostólico comunica a Iván Illich una citación, de cumplimiento inmediato, para que vaya a Roma a someterse a un interrogatorio de la Congregación de la Doctrina de la Fe. El interrogatorio del ex Santo Oficio se lleva a efecto siete días después. Se acepta la objeción de Illich, quien califica como poco equitativa la forma de interrogatorio oral, propuesta inicialmente. Se le entrega el interrogatorio por escrito. El documento consta de 85 preguntas (7). En la breve introducción se alude a los fines del interrogatorio: “llegar a la verdad con claridad”, luego de haber constatado “cada vez más que la persona, las ideas y las obras de Mons. Illich han sido hasta ahora objeto de curiosidad, de maravilla y de escándalo en muchas partes del mundo”. Al día siguiente Illich responde con una larga carta (“no puedo y no debo aceptar la base inquisitorial propuesta”). En los días siguientes renuncia al ejercicio del sacerdocio. Es el “escándalo Illich” que tendrá cabida en toda la prensa mundial. A principios de 1969 el Vaticano decide prohibir a clérigos y religiosos participar en las actividades del CIDOC, bajo la acusación de que se había convertido en un centro de ideología marxista.

Ivan Illich, en el prefacio al libro *La convivencia*, nos aporta algunos datos para comprender la manera de trabajar en el CIDOC: “En enero de 1972, un grupo de latinoamericanos, principalmente chilenos, peruanos y mexicanos, se encontraron en el CIDOC para discutir la hipótesis siguiente: *existen características técnicas en los medios de producción que hacen imposible su control en un proceso político. Sólo una sociedad que acepte la necesidad de escoger un techo común a ciertas dimensiones técnicas en sus medios de producción tiene alternativas políticas*. La tesis discutida había sido formulada en un documento elaborado con Valentina Borremans [cofundadora del CIDOC y *alma mater* del centro] durante 1971. Formulé las líneas fundamentales de este ensayo sucesivamente en español, inglés y francés; sometí mis ideas a grupos de médicos, arquitectos, educadores y otros ideólogos; las publiqué en revistas serias y en hojitas atrevidas. Agradezco profundamente a quienes quisieron criticarme y así me ayudaron a precisar mis conceptos. Sobre todo doy

las gracias a los participantes en mi seminario en CIDOC en los años 1971-1973, quienes reconocerán en estas páginas no solamente sus ideas sino, con mucha frecuencia, sus palabras”.

Fruto de estos encuentros son las obras, llamadas por Illich “panfletos”, que se publicarán esos años con gran repercusión en el mundo occidental, pues se enfocan a las mayores instituciones del mundo industrializado: la educación (*La sociedad desescolarizada*: “Al alumno se le ‘escolariza’ para confundir enseñanza con saber, promoción al curso siguiente con educación, diploma con competencia, y fluidez con capacidad para decir algo nuevo. A su imaginación se la ‘escolariza’ para que acepte servicio en vez de valor”); el desarrollo tecnológico (*La convivencia*: una sociedad convivencial sería aquella “sociedad en la que las herramientas modernas están al servicio de la persona integrada en la colectividad, y no al servicio de un cuerpo de especialistas. Convivencial es la sociedad en la que el hombre controla la herramienta”); la energía, el transporte y el desarrollo económico (*Energía y equidad*, una de las biblias del movimiento ecológico). Preguntado por las razones del cierre del CIDOC, responde (8): “En 1973 llegué a la conclusión de que todo aquello que deseaba hacer al crear el centro, en 1966, estaba hecho desde 1970. Además, decidí cerrarlo debido a la curiosa imagen creada por él, y a que no tenía el poder suficiente para responsabilizarme del peligro físico que corrían mis colaboradores—acuérdate de lo que pasaba en aquel entonces en América Latina—. Ulteriormente me di cuenta de que el lugar no podría salvarse de una institucionalización como la de la universidad”. (...)

“Vi cierto peligro que se avecinaba en las políticas del gobierno mexicano al sostener el peso. Me confié de mi instinto financiero lo suficiente en 1973 para convencerme a mí mismo de que el *boom* petrolero no podría sostener la tasa de crecimiento proyectada por las instituciones de planeación mexicanas. Y predije que el soporte del peso llevaría a una terrible quiebra e insolvencia. Mientras tanto la vida en México se volvería cada vez más cara. Nunca tomé dinero de subvenciones, ni de regalos, con excepción de aquel dinero para cosas pequeñas, rechazaría hasta una galleta. La independencia del CIDOC se basaba en la diferencia de salarios entre Estados Unidos y México. Ofrecíamos instrucciones intensivas de lenguaje, cinco horas por cuatro meses en grupos de tres. Pagábamos salarios mexicanos a los maestros, mejores de los que les ofrecía cualquier universidad en Cuernavaca, y cargábamos los gastos en precios norteamericanos que eran altísimos para México pero muy bajos para un estadounidense. Así fue como logramos establecer una biblioteca impor-

tante y cursos avanzados en el CIDOC. (...)

En 1973 vi que nuestra habilidad para hacer esto estaba en peligro. A través de las nuevas políticas mexicanas la diferencia entre los precios mexicanos y norteamericanos se iba a reducir bastante. En 1973 llamé a los administradores del CIDOC—nunca tuve ningún trabajo, nunca ejercí ningún poder, nunca firmé ningún documento durante estos años en México, siempre actúe bajo mi incuestionada influencia, pero no a través de ningún poder administrativo—les pedí que se juntaran y les di un seminario de tres días sobre economía internacional. (...) Les propuse que durante los dos años siguientes todo el dinero que obtuviera el CIDOC no se gastara ni en boletos de avión, ni en libros, sino que se fuera a un fondo. Cuando el fondo alcanzó uno y medio el salario masivo de un año, sería dividido en sesenta y tres partes iguales, la gente iría a casa, y cerraríamos la institución. Lo hicimos justo en el décimo aniversario del centro, el primero de abril de 1976 con una gran fiesta en la que cientos de personas del pueblo estuvieron presentes. Algunos de los profesores de lenguas dividieron la escuela en diversos centros, la biblioteca fue donada a la más responsable de las bibliotecas cercanas, la del Colegio de México (9), y de un día a otro, todo se había terminado”.

Pero no todo había terminado. Venticinco años después de su cierre, para algunos está claro que el CIDOC innovó sustancialmente en los hechos la relación entre los acervos informativos y el público: “A diferencia de las bibliotecas, que guardan miles de volúmenes en espera de ávidos lectores, centros como el CIDOC buscaron atraerlos mediante la publicación continua y creciente de documentos sobre todo tipo de asuntos sociales, como el manejo de la energía, el agua, los bosques, la autogestión y el desarrollo comunitario, asuntos de género, economía y política, y vincularon su quehacer con proyectos concretos que comenzaron a operar en los enclaves campesinos y en los barrios de la entonces no tan enorme ni super industrial ciudad de Cuernavaca.

El CIDOC y muchos centros de documentación o trabajo de base que surgieron después, presumieron con razón de una característica fundamental: habían sido creados independientemente de las instituciones, del mercado y los partidos. Eran organismos no gubernamentales (ONG) en sentido estricto y trabajaban con la sociedad civil, término que fue cuajando para distinguir su impulso de los proyectos militantes de organizaciones gremiales o de los partidos políticos. Sin saberlo quizá, surgía un concepto que hoy es central para el movimiento zapatista.

“Esta sociedad civil, impulsada por investigadores independientes y trabajadores de base, concretó algo que proliferó en todo Morelos [estado mexicano del

que Cuernavaca es la capital], pero en especial en Cuernavaca: proyectos de salud, vivienda ecológica, medicina alternativa y holística, trabajo de autogestión barrial, defensoría jurídica, recuperación de saberes tradicionales y contemporáneos locales, trabajo de mujeres, revitalización de la comunidad, teología comprometida con los pobres y trabajo social en general, surgidos gracias a una sociedad civil organizada e independiente” (10).

El pensador errante

Los veinticinco años posteriores al cierre del CIDOC van a suponer para Illich una constante movilidad y participación en foros de todo el planeta, con periodos más largos en Pennsylvania, Oakland, Bremen, Florencia, Cuernavaca... Un proceso educativo itinerante. Escribe tratados de una mayor extensión que los de la época del CIDOC, que siguen centrados en los grandes mitos de nuestra época: la medicina (*Némesis médica*, ya todo un clásico, una compilación crítica de cientos de estudios y publicaciones que documentan la existencia de la *iatrogénesis* –enfermedades producidas por los propios médicos–, y cuya primera frase dice: “La medicina institucionalizada ha llegado a ser una grave amenaza para la salud”) y el trabajo (*El trabajo fantasma*). Ya en los ochenta publica *El género vernáculo* y *El h2o y las aguas del olvido*. En los años noventa centra su interés en la historia de la escritura y la lectura, en la mentalidad alfabética, en el surgimiento del hombre letrado, con *ABC or the Alphabetization of Popular Mind* (en coautoría con Barry Sanders), *Historia de la mirada*, y la que él consideraría su mejor obra, *En el viñedo del texto. Etología de la lectura: un comentario al “Didascalicon” de Hugo San Victor*, editado hace unos meses en español por el Fondo de Cultura Económica: “En mis comentarios al *Didascalicon* de Hugo, propongo una etología histórica de los hábitos de lectura medievales junto a una fenomenología histórica de la lectura-como-símbolo en el siglo XII. Lo hago con la esperanza de que la transición de la lectura monástica a la escolástica pueda iluminar de algún modo una transición muy diferente que está teniendo lugar en la actualidad”.

El pasado 2 de diciembre Illich moría en Bremen (Alemania). Sus amigos depositaron sus cenizas en el pequeño poblado de Ocotepc, a las afueras de Cuernavaca, donde vivió por temporadas en los últimos 30 años. Se fue este “arqueólogo de las ideas” (11), el que, como señaló Erich Fromm (12), tenía otra manera de ver: “Por radicalismo no me refiero principalmente a un cierto conjunto de ideas sino más bien a una actitud, a una ‘manera de ver’, por así decir. Para comenzar, esta manera de ver puede ser

caracterizada por el lema: *de omnibus dubitandum*; todo debe ser objeto de duda, particularmente los objetos ideológicos que son virtualmente compartidos por todos y que como consecuencia han asumido el papel de axiomas indudables de sentido común... Dudar radicalmente es un acto de investigación y descubrimiento; es comenzar a darnos cuenta de que el Emperador está desnudo y su espléndido atuendo no es más que el producto de nuestra fantasía... La duda radical es un proceso; un proceso que nos libera del pensamiento idolátrico; un ensanchamiento de la percepción, de la visión creativa e imaginativa de nuestras posibilidades y opciones”.

La editorial francesa Fayard ha comenzado a publicar las obras completas de Illich y en 2003 prevé sacar una obra inédita: *La perte des sens* (La pérdida de los sentidos). También el Fondo de Cultura Económica ha anunciado la reedición de su obra. ☐

Ramón Salaberria

Notas

- (1) ILLICH, I.: “La sociedad gestionada mediante computadoras” (conferencia ofrecida en Tokyo durante el Simposio *La Ciencia y el Hombre* en 1982). Un amplio resumen se publicó en la revista *Mutantia*, n. 21, enero 1985 (www.mutantia21.com.ar/ivanillich.html).
- (2) CAYLEY, D.: *Ivan Illich In Conversation*. Ontario: Anansi, 1992.
- (3) Autor de *La escuela ha muerto*. Barcelona: Barral, 1973.
- (4) ILLICH, I.: “Introducción”, en: *La sociedad desescolarizada*. México: Joaquín Mortiz/Planeta, 1985.
- (5) HORNEDO, B.: *Ivan Illich: hacia una sociedad convivencial*. (www.ivanillich.org).
- (6) Illich se opuso a la Alianza para el Progreso y al Peace Corps lanzados por Kennedy para el desarrollo del “Tercer Mundo” y fue crítico con Juan XXIII, que apuraba a la Iglesia norteamericana a enviar el 10% de sus efectivos en misión a América Latina.
- (7) SICILIA, J.: El gran faro y SBERT, J.M.: La subversión del desarrollo, en: *Proceso*, n° 1362, 8 diciembre 2002.
- (8) En febrero de 1969, Vicente Leñero publicaba un largo reportaje, “Inquisición posconciliar”, sobre el caso Illich en la revista mexicana *Siempre*. En www.unasolapatria.org/opinion/externo12.html se pueden leer amplios extractos de ese reportaje con muchas de las preguntas formuladas por el ex Santo Oficio y parte de la carta respuesta de Illich.
- (9) CAYLEY, D.: *Idem*.
- (10) La página Web de la excelente biblioteca de El Colegio de México informa que, en julio de 1976, el CIDOC les hizo entrega de su biblioteca. La colección incluye alrededor de 7.000 títulos de tema eclesial y religioso católico (boletines eclesiásticos oficiales, publicaciones periódicas doctrinales, de devoción y apoloéticas; cartas pastorales, sínodos, concilios y estatutos diocesanos, documentos de congresos y asambleas, santuarios, devocionarios y novenas, directorios, estadísticas y censos eclesiásticos, así como bibliografías). En 1980 fueron microfilmados, por la compañía holandesa Inter Documentation Company, alrededor de mil títulos para formar el catálogo de microfichas titulado *The history of religiosity in Latin America ca. 1830-1970*.
- (11) RAMÍREZ CUEVAS, J.; VERA, R.: “Cuernavaca, tierra de resistencia y sociedad civil, dio cálida bienvenida a los zapatistas”. *La Jornada*, 7 marzo 2001.
- (12) TODD, A.; LA CECLA, F.: “Ivan Illich”. *The Guardian*, December 9, 2002.
- (13) FROMM, E.: “Introducción”, en: ILLICH, I.: *Alternativas*. México: Joaquín Mortiz/Planeta, 1974.